

Robert Graves
Adiós a todo aquello

Traducción de Alejandro Pradera

Alianza editorial

Título original: *Goodbye to All That*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © by Accuro Trustees (Jersey) Ltd as Trustee of the Robert Graves
Copyright Trust

© de la traducción: Alejandro Pradera Sánchez, 2024

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-572-2

Depósito legal: M. 657-2024

Printed in Spain

Prólogo

Este libro en parte lo escribí, y en parte lo dicté, hace veintiocho años, durante una complicada crisis doméstica, y con muy poco tiempo para revisarlo. Fue mi amarga despedida de Inglaterra, donde recientemente había quebrantado un buen número de convenciones; me había peleado con la mayoría de mis amigos, o ellos habían renegado de mí; la policía me había interrogado por considerarme sospechoso de un intento de asesinato, y había dejado de importarme lo que pensarán de mí.

Al volver a leer *Adiós a todo aquello* por primera vez desde 1929, me pregunto cómo es posible que mi editorial se librara de una demanda por libelo.

Las crisis domésticas siempre son caras, pero el libro se vendió lo bastante bien en Inglaterra y en Estados Unidos, pese a la Depresión que acababa de declararse, como para pagar mis deudas y dejarme libre para vivir y escribir en Mallorca sin una angustia inmediata por el futuro. El título se convirtió en un latiguillo, así como en mi única contribución al *Dictionary of Familiar Quotations* de Bartlett.

He hecho numerosos cambios en el texto —he omitido muchos pasajes aburridos o tontos; he reincorporado unas pocas anécdotas eliminadas; he sustituido el capítulo sobre T. E. Lawrence por otro más largo, que escribí cinco años después; he corregido inexactitudes en los hechos; y he hecho una revisión general de mi prosa comprensiblemente desgredada. He repuesto algunos nombres propios donde ya no es necesario su disfraz original.

Si algún pasaje sigue resultando ofensivo al cabo de tantos años, espero ser perdonado.

Deià, Mallorca, España, 1957

R. G.

Adiós a todo aquello

Como prueba de mi disposición a aceptar las convenciones autobiográficas, permítanme que anote de inmediato mis dos primeros recuerdos. El primero es que alguien me sujetaba fielmente en brazos junto a una ventana para que viera una procesión de carrozas y carros decorados con motivo del sexagésimo aniversario del reinado de la reina Victoria, en 1897 (fue en Wimbledon, donde nació el 24 de julio de 1895). El segundo recuerdo es que estoy mirando hacia arriba con cierto terror y desánimo al ver un armario del cuarto de los niños, que estaba abierto por casualidad, lleno hasta arriba de libros de Shakespeare en octavo. Mi padre había organizado un círculo de lectura de Shakespeare. Yo no me enteré hasta mucho más tarde de que aquel era el armario de Shakespeare, pero, aparentemente, ya tenía un fuerte instinto en contra de las actividades de sala de estar. Y cuando venían a casa visitantes distinguidos, como sir Sidney Lee con su erudición shakespeariana, o lord Ashbourne, cuando todavía no era lord, hablando de «Irlanda para los irlandeses» con su potente voz y su falda escocesa color azafrán, o el señor Eustace Miles, campeón de juego de palma de Inglaterra y vegetariano, con sus

muestras de frutos secos exóticos, yo, a mi manera, ya lo sabía todo de ellos. Yo ya me había hecho una clara idea de cómo eran mi arisco tío Charles, que escribía en el *Spectator* y el *Punch*, y mi imperiosa tía Grace, que venía en un coche tirado por dos caballos, y cuya llegada siempre causaba revuelo porque era lady Pontifex; y el resto de mis familiares.

Tampoco me hacía ilusiones acerca de Algernon Charles Swinburne, que a menudo paraba mi cochecito cuando se topaba con él en Nurses' Walk, al borde de Wimbledon Common, y me daba unas palmaditas en la cabeza y un beso: era un inveterado parador de cochecitos, y palmeador y besador. Nurses' Walk discurría entre «The Pines», Putney (donde vivía Swinburne con Watts-Dunton), y el pub Rose and Crown, al que acudía para tomarse su pinta de cerveza diaria; Watts-Dunton le dejaba gastarse dos peniques en el pub, y ni uno más. Yo no sabía que Swinburne era poeta, pero sabía que era una amenaza pública. Por cierto, Swinburne, siendo muy joven, había ido a ver a Walter Savage Landor, que ya era muy mayor, y el poeta le dio la bendición que le pidió; y cuando era niño, a Landor le había dado palmaditas en la cabeza Samuel Johnson; y cuando Johnson era pequeño, lo llevaron a Londres para que lo tocara la reina Ana por una escrófula, el mal del rey; y, de niña, la reina Ana...

Pero he mencionado el círculo de lectura de Shakespeare. Estuvo funcionando muchos años, y cuando yo tenía dieciséis años, la curiosidad me arrastró por fin a una de aquellas reuniones. Recuerdo la vivacidad con la que mi madre, una mujer de lo menos bravía, le leía el papel de Katherine, en *La fierecilla domada*, al afable Petruchio de mi padre. El señor Maurice Hill y su esposa eran dos de los miembros más populares del círculo. Aquella reunión tuvo lugar unos años antes de que se convirtieran en el *justice*¹ Hill y en lady Hill, y también unos años antes

1. Miembro del Tribunal Superior de Justicia de Inglaterra y Gales. (*N. del T.*)

de que yo estudiara *La fierecilla*. Recuerdo los vasos de limonada, los sándwiches de pepino, los *petits fours*, los adornos baratos del cuarto de estar, los crisantemos en cuencos, y el semicírculo de butacas alrededor de la chimenea. La suave voz de Maurice Hill en el papel de Hortensio amonestaba a mi padre: «Y ahora sigue tu camino; has domado a una condenada bravía». Yo mismo, en el papel de Lucencio, ponía fin a la representación: «Con vuestro permiso, es un asombro que la haya domesticado así»¹. Algún día tengo que ir a oírle decir sus frases como magistrado de los Tribunales de Divorcio; sus admoniciones se han hecho famosas.

Después de «primeros recuerdos» tal vez debería dar una somera descripción de mí mismo y dejar que los detalles se completen por sí solos. Fecha de nacimiento... Lugar de nacimiento... Eso ya lo he dicho. Profesión... En mi pasaporte figuro como «profesor universitario». Eso resultaba muy cómodo en 1926, cuando me saqué el pasaporte por primera vez. Pensé en poner «escritor», pero los funcionarios de pasaportes a menudo tienen reacciones complicadas ante esa palabra. «Profesor universitario» provoca una reacción sencilla: un aburrido respeto. No hay preguntas. Y lo mismo con «capitán del Ejército (personal pensionado)».

Ahí consta que mido 1,88 metros, que tengo los ojos grises, y el cabello negro. A «negro» cabría añadirle «abundante y rizado». Se me describe falsamente como carente de peculiaridades especiales. Para empezar, está mi nariz, grande y antaño aguileña, que me rompí en Charterhouse mientras jugaba insensatamente al rugby con unos jugadores de fútbol. (Yo mismo le rompí la nariz a otro jugador en aquel partido.) Aquello la destabilizó, y el boxeo me la desvió. Por último, me la operó un cirujano militar poco hábil, y ya no cumple la función de línea

1. Trad. L. Astrana Marín, Madrid, Aguilar. (*N. del T.*)

vertical de demarcación entre los lados izquierdo y derecho de mi cara, que son disparejos de nacimiento —mis ojos, mis cejas y mis orejas están visiblemente torcidos, y mis pómulos, que están bastante altos, están a distinto nivel. Mi boca es lo que se conoce como «carnosa», y sonrío apretando los labios: cuando tenía trece años me rompí dos dientes delanteros y me daba vergüenza que se me vieran. Tengo las manos y los pies grandes. Peso aproximadamente 78 kilos. Mi mejor truco cómico es que tengo una pelvis muy flexible; puedo sentarme encima de una mesa y emitir chasquidos con ella igual que las hermanas Fox¹. Tengo un hombro visiblemente más bajo que el otro por una herida en un pulmón. Nunca llevo reloj de pulsera porque siempre magnetizo el muelle real; durante la guerra, cuando dieron la orden de que los oficiales llevaran relojes de pulsera y los sincronizaran a diario, yo tenía que comprarme dos relojes nuevos cada mes. En el aspecto médico, soy una buena apuesta.

Mi pasaporte dice que mi nacionalidad es «súbdito británico». Aquí podría parodiar a Marco Aurelio, que al principio de su *Libro áureo* enumera los distintos antepasados y familiares a los que debe las virtudes de un digno emperador romano: explicando por qué no soy un emperador romano y ni siquiera, salvo ocasionalmente, un *gentleman* inglés. La familia del padre de mi madre, los Von Ranke, eran pastores rurales en Sajonia, pero no eran nobles de antiguo abolengo. Leopold von Ranke, el primer historiador moderno, mi tío abuelo, introdujo el «von». A él le debo algo. Escribió, para escándalo de sus contemporáneos: «Yo soy historiador antes que cristiano; mi objetivo es simplemente averiguar cómo ocurrieron realmente las cosas», y al hablar de Michelet, el historiador francés: «Escribía historia en un estilo en el que resultaba imposible decir la ver-

1. Impulsoras del espiritismo a mediados del siglo XIX, acabaron confesando que los «sonidos paranormales» que se oían en su mesa cuando supuestamente se comunicaban con los espíritus los hacían ellas mismas. (N. del T.)

dad». Que Thomas Carlyle menospreciara a Von Ranke por ser tan «reseco» no es menoscabo. A Heinrich von Ranke, mi abuelo, le debo mi torpe corpulencia, mi resistencia, mi energía, mi seriedad y mi espesa cabellera. De joven fue rebelde e incluso ateo. Siendo estudiante de Medicina en una universidad prusiana, mi abuelo participó en los disturbios políticos de 1848, cuando los estudiantes se manifestaban a favor de Karl Marx coincidiendo con su juicio por alta traición. Al igual que Marx, tuvieron que marcharse del país. Mi abuelo vino a Londres, y allí terminó sus estudios de Medicina. En 1854 fue a Crimea como cirujano de un regimiento del Ejército británico. Lo único que sé al respecto es un comentario fortuito que me hizo cuando yo era niño: «No siempre los cuerpos grandes son los más fuertes. En Sebastopol, en las trincheras, vi cómo los corpulentos guardias británicos se venían abajo y morían por docenas, mientras que los menudos zapadores no sufrían ningún daño». A pesar de todo, su gran cuerpo le daba un buen porte.

Se casó, en Londres, con mi abuela, una mujer pequeña, angelical, asustada, danesa de Schleswig, hija de Tiarks, el astrónomo de Greenwich. Cuentan que antes de que su padre se decidiera por la astronomía, la familia había seguido el sistema de las zonas rurales de Dinamarca —que no es en absoluto un mal sistema— de alternar profesiones entre padres e hijos. Las generaciones impares eran hojalateros, y las generaciones pares eran pastores. Mis características más amables se remontan a mi abuela. Tuvo diez hijos: la mayor, mi madre, nació en Londres. El ateísmo y el radicalismo de mi abuelo se serenaron. Al final volvió a Alemania, donde llegó a ser un conocido pediatra en Múnich, y probablemente el primero en Europa que insistió en la leche pasteurizada para sus pequeños pacientes. Cuando descubrió que no podía conseguir leche pasteurizada para los hospitales por los medios habituales, él mismo puso en marcha una vaquería modelo. Su agnosticismo entristecía a mi abuela, devo-

ta luterana; nunca dejó de rezar por él, pero se concentraba más específicamente en salvar las almas de sus hijos.

Mi abuelo no murió del todo impenitente; sus últimas palabras fueron: «El Dios de mis padres, a Él por lo menos me aferro». No sé qué quiso decir con eso, pero era una afirmación en consonancia con sus airados estados de ánimo patriarcales, con su aceptación de un lugar destacado en la sociedad bávara como Herr Geheimrat Ritter von Ranke, y con su lealtad al káiser, con el que fue a cazar ciervos una o dos veces. Significaba, en la práctica, que se consideraba un buen liberal tanto en religión como en política, y que mi abuela no tenía por qué preocuparse. Admiro a mis familiares alemanes; tienen elevados principios, son espontáneos, generosos y serios. Los hombres se han batido en duelo no por el vil honor personal, sino por el interés público —los retaron, por ejemplo, por haber protestado contra la escandalosa conducta de algún oficial o alto funcionario. Uno de ellos perdió su antigüedad en el servicio consular alemán porque se negó a utilizar el consulado de Londres como centro de intercambio de informes de los servicios secretos. Tampoco son grandes bebedores. Cuando era estudiante, en las habituales borracheras universitarias, mi abuelo tenía la costumbre verter la cerveza sobrante en sus botas de montar de la década de 1840, cuando no le veía nadie. Crio a sus hijos para que hablaran inglés en casa, y siempre contempló Inglaterra como el centro de la cultura y el progreso. Las mujeres eran nobles y pacientes, y llevaban la mirada fija en el suelo cuando salían de paseo.

Con dieciocho años, mi madre fue a Inglaterra en calidad de acompañante de miss Britain, una anciana solitaria que se había hecho amiga de mi abuela siendo una huérfana, y estuvo diecisiete años atendiéndola en sus mínimos deseos. Por último, cuando murió, con la sensación senil de que a mi madre, su única heredera, el testamento no le iba a beneficiar casi nada, resultó que la señora tenía un patrimonio de 100.000 libras.

Como era típico de ella, mi madre compartió la herencia con sus cuatro hermanas menores, y solo se quedó con la quinta parte. Estaba decidida a ir a la India, tras una breve formación como misionera médica. Aquella ambición se vio frustrada de repente cuando conoció a mi padre, viudo y con cinco hijos; ella se dio cuenta de que podía hacer un trabajo igual de bueno en las misiones dentro del país.

La familia Graves tiene un linaje que se remonta a un caballero francés que desembarcó con Enrique VII en Milford Haven en 1485. Al coronel Graves el *roundhead*¹ se le atribuye la fundación de la rama irlandesa de la familia. En una ocasión resultó herido y fue dado por muerto en la plaza del mercado de Thame, después tuvo a su cargo la persona del rey Carlos I en el Castillo de Carisbrooke, y más tarde se hizo monárquico. Limerick era el centro de aquella rama. Sus militares y médicos ocasionales eran casi todos colaterales; la línea masculina directa tenía una secuencia de rectores, deanes y obispos, al margen de mi bisabuelo John Crosbie Graves, que fue Magistrado Superior de Policía de Dublín. Los Graves de Limerick no tienen habilidad manual ni sentido de la mecánica; pero sí un gran prestigio como conversadores. Entre los parientes que tienen las características familiares más fuertemente marcadas, la charla innecesaria es un trastorno nervioso. Como charla, no está tan mal: habitualmente informativa, a menudo ingeniosa, pero sigue, y sigue, y sigue. Tampoco los Von Ranke parecen tener grandes aptitudes mecánicas. Me resulta muy inoportuno haber nacido en la era del motor de combustión interna y de la dinamo eléctrica y no sentir la mínima simpatía por ellos: una bicicleta, un hornillo Primus y un fusil del Ejército marcan los límites de mis capacidades mecánicas.

1. El bando parlamentario que se enfrentó a los monárquicos (*cavaliers* o *royalists*) en la Guerra Civil Inglesa (1642-1651). (N. del T.)

Mi abuelo paterno, obispo protestante de Limerick, tuvo ocho hijos. Fue un destacado matemático —formuló por primera vez no sé qué teoría sobre las cónicas esféricas— y también era la principal autoridad en las Leyes Brehon y en el alfabeto ogámico de Irlanda, pero tenía fama de no ser un hombre precisamente generoso. Convivía en los mejores términos con O'Connell, el obispo católico. Se contaban chistes en latín, debatían delicadas cuestiones de erudición, y eran lo bastante poco clericales como para no tomarse demasiado en serio sus diferencias religiosas.

Cuando estuve en Limerick como soldado de la guarnición, unos diecinueve años después de la muerte de mi abuelo, escuché las anécdotas que contaban los vecinos sobre él. Una vez el obispo O'Connell se burló de él por el tamaño de su familia, y mi abuelo le contestó cordialmente con el texto sobre la bienaventuranza del hombre que tiene el carcaj lleno de flechas; a lo que O'Connell respondió lacónicamente: «En el carcaj de los antiguos judíos solo cabían seis». El velatorio de mi abuelo, decían, fue el más largo que se había visto en la ciudad de Limerick: iba desde la catedral, pasando por la calle O'Connell, cruzaba el puente de Sarsfield, y no sé cuántas millas irlandesas más. Me había bendecido de niño, pero de eso no me acuerdo.

De la madre de mi padre, una Cheyne de Aberdeen, no he podido conseguir ninguna clase de información, más allá de que era «una mujer muy guapa», e hija del general médico de las Fuerzas de Irlanda. La única conclusión a la que puedo llegar es que la mayor parte de lo que decía o hacía pasaba inadvertido en la rivalidad de las conversaciones familiares. El linaje Cheyne era inmaculado nada menos que hasta sir Reginald Cheyne, lord chambelán de Escocia en 1267. Más tarde los Cheyne fueron abogados y médicos. Pero ahora mi padre está trabajando en su autobiografía y, sin duda, él mismo escribirá por extenso sobre todo esto.

Así pues, mi padre conoció a mi madre en algún momento de principios de los años noventa. Él había estado anteriormente casado con una mujer de los Cooper irlandeses, de Cooper's Hill, cerca de Limerick. Los Cooper eran una familia aún más irlandesa que los Graves. Cuenta la historia que cuando Cromwell vino a Irlanda y asoló el país, Moira O'Brien, la última superviviente del gran clan O'Brien, que fueron los jefes más importantes de la comarca que rodea Limerick, fue a verle un día y le dijo: «General, usted ha matado a mi padre y a mis tíos, a mi marido y a mis hermanos. Solo quedo yo como única heredera de estas tierras. ¿Tiene usted intención de confiscarlas?». Se dice que a Cromwell le impresionó la magnífica presencia de Moira O'Brien, y que le respondió que sin duda esa había sido su intención. Pero que podía quedarse con sus tierras, o con una parte, a condición de que se casara con uno de sus oficiales. Y así, los oficiales del regimiento que habían desempeñado un destacado papel en la persecución de los O'Brien fueron invitados a sacar una baraja y a jugarse a la carta más alta el privilegio de casarse con Moira y heredar aquellas tierras. Ganó un tal alférez Cooper. Unas semanas después de la boda, Moira descubrió que estaba embarazada. Convencida de que iba a ser un heredero varón, como efectivamente resultó ser, Moira se quitó de en medio a su marido. Cuentan que le dio de patadas en la boca del estómago después de emborracharle. Los Cooper siempre han sido una familia embrujada, e *Hibernicis ipsis Hibernicores*¹. Jane Cooper, con la que se casó mi padre, murió de tisis.

Los miembros de la familia Graves tenían la nariz afilada y eran propensos a la petulancia, pero nunca fueron depravados, ni crueles, ni histéricos. Una persistente tradición literaria familiar: de Richard, poeta menor y amigo de Shenstone; y John

1. «Más irlandeses que los propios irlandeses», una referencia a los ingleses que echaron raíces en la católica Irlanda a partir de su conquista por Oliver Cromwell entre 1649 y 1653. (N. del T.)

Thomas, que era matemático y contribuyó al descubrimiento de los cuaterniones por sir William Rowan Hamilton; y Richard, eclesiástico y *Regius Professor* de Griego; y James, arqueólogo; y Robert, que descubrió la enfermedad que lleva su nombre y fue amigo de Turner; y Robert, clasicista y teólogo, y amigo de Wordsworth; y Richard, otro eclesiástico; y Robert, otro eclesiástico; y distintos Robert, James, Thomas y Richard; y Clarissa, una de las mujeres más populares de Irlanda, que se casó con Leopold von Ranke (en la iglesia de Windermere) y que enlazó las familias Graves y Von Ranke un par de generaciones antes de que se casaran mi padre y mi madre. (Véase el *British Museum Catalogue* para una crónica de la historia literaria de los Graves durante los siglos XVIII y XIX.)

Fue a través de aquella relación entre Clarissa y Leopold como mi padre conoció a mi madre. Mi madre le dijo de inmediato que le gustaba *Father O'Flynn*, la canción por cuya letra será principalmente recordado mi padre. Le había puesto letra a una giga tradicional, *The Top of Cork Road*, que recordaba de su infancia. Sir Charles Stanford aportó unos cuantos acordes para el arreglo. Mi padre vendió la totalidad de los derechos por una guinea¹. Boosey, el editor, ganó miles. Sir Charles Stanford, que cobraba sus derechos como compositor, también recaudó una cuantiosa suma. Últimamente a mi padre le han estado enviando unas cuantas libras por derechos de grabación de discos. No está amargado por todo ese asunto, pero me ha insistido más de una vez, casi religiosamente, en que nunca venda por una suma al contado la totalidad de los derechos de una obra mía, del tipo que sea.

Que mi padre sea poeta me ha salvado, por lo menos, de cualquier tipo de falsa reverencia por los poetas. Incluso me

1. Equivalía a 21 chelines, fue una moneda que desapareció en 1817, pero en muchos círculos seguía utilizándose en lugar de la libra oficial de 20 chelines. (*N. del T.*)

agrada conocer gente que ha oído hablar mi padre pero no de mí. Canto canciones suyas cuando estoy lavando los platos después de las comidas, o pelando guisantes, o en situaciones parecidas. Nunca jamás intentó enseñarme a escribir, ni demostró la mínima comprensión de mi poesía seria; él siempre estaba más dispuesto a pedir consejo sobre la suya. Como tampoco intentó jamás impedirme que escribiera. Su desenfadada obra temprana es la mejor. Por ejemplo, su *Invencción del vino*, que empieza así:

*Ere Bacchus could talk
Or dacently walk,
Down Olympus he jumped
From the arms of his nurse,
And though ten years in all
Were consumed by the fall
He might have fallen farther
And fared a dale worse...¹.*

Dicen que mi padre, después de casarse con mi madre y hacerse abstemio, perdió parte de su picardía.

Mi padre se resistió a la tentación familiar de ordenarse sacerdote, y nunca fue más allá de lector laico; y cortó la conexión geográfica con Irlanda, algo por lo que nunca le estaré lo bastante agradecido. Aunque soy mucho más duro con mis familiares, y más cuidadoso a la hora de relacionarme con ellos que con los extraños, soy capaz de admirar a mi padre y a mi madre: a mi padre por su sencillez y su perseverancia; y a mi madre por su seriedad y su fuerza. A ambos por su generosidad. Nunca me intimidaron, y mi renuncia a la religión formal, más que enfa-

1. Antes de que Baco supiera hablar / o andar decentemente / saltó desde el Olimpo / de los brazos de su nodriza, / y aunque diez años en total / duró la caída / habría podido caer más abajo / y salir mucho peor parado... (N. del T.)

darles, les entristecía. En lo físico y en mis características generales, el lado de mi madre es, en conjunto, más fuerte en mí. Pero tengo muchos modismos al hablar, y gestos peculiares de los Graves, en su mayoría excéntricos. Como por ejemplo que me resulte difícil caminar en línea recta por una calle; o como jugar con trocitos de pan en la mesa; cansarme de las frases cuando voy por la mitad y dejarlas en el aire; caminar con las manos juntas a la espalda de una determinada manera, y sufrir repentinos y muy desconcertantes episodios de amnesia total. Esos ataques, por lo que he podido averiguar, no tienen ningún cometido útil, y tienden a producir en la víctima el mismo tipo de deshonestidad que aflige a las personas sordas que pierden el hilo de la conversación —odian quedarse atrás y se fían de su intuición y de la simulación para salir del paso. Mi discapacidad es más acusada cuando hace mucho frío. Ya no hablo demasiado, salvo cuando he estado bebiendo, o cuando me encuentro con alguien que combatió conmigo en Francia. Los Graves tienen buena cabeza para cometidos tales como los exámenes, escribir gráciles versos en latín, rellenar formularios, y resolver adivinanzas (de niños, cuando nos invitaban a una fiesta donde se jugaba a las adivinanzas y a las pruebas de inteligencia, siempre ganábamos). Tienen buen ojo para los juegos con balón, y un estilo elegante. Yo heredé ese ojo, pero no el estilo; la familia de mi madre carece absolutamente de estilo. Monto a caballo desgarbadamente pero con seguridad. Hay una frialdad en los Graves que es antisentimental hasta el extremo de la insolencia, un contrapeso necesario a la bondad de corazón que padece la familia de mi madre. Los Graves, es justo generalizar, aunque leales a la clase gobernante británica a la que pertenecen, y por consiguiente al ordenamiento constitucional, son individualistas; en Alemania, los Von Ranke consideran su pertenencia a su correspondiente clase como una tarea sagrada que les posibilita hacer el tipo de trabajo más responsable al servicio de la huma-

nidad. Hace poco, cuando un Von Ranke entró en un estudio cinematográfico, la familia se sintió deshonrada.

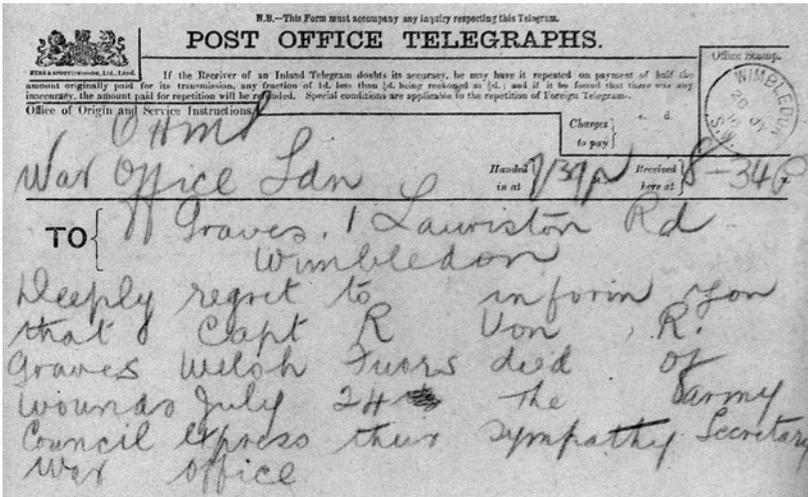
El don más útil, y al mismo tiempo más peligroso, que le debo a la rama paterna de mi familia —probablemente más a los Cheyne que a los Graves— es que siempre soy capaz, en mis tratos con los funcionarios, o cuando intento conseguir privilegios de unas instituciones públicas que son reacias a darlos, de hacerme pasar por un *gentleman*. Lleve lo que lleve puesto; y debido a que mi ropa no es la que llevan habitualmente los *gentlemen*, y pese a ello no parezco ni un artista ni un afeminado, y dado que mi acento y mis gestos son irreprochables, algunos me han visto como el heredero de un duca, cuya perfecta confianza en mi rango explicaría ese tipo de excentricidades. Así pues, paradójicamente, puedo parecer incluso más *gentleman* que uno de mis hermanos mayores, que estuvo varios años como funcionario consular en Oriente Próximo. Su vestuario es casi demasiado obviamente el de un *gentleman*, y él no se permite el lujo pseudoducal de tener amistades poco recomendables ni de decir en todo momento lo que realmente quiere decir.

Sobre este asunto de ser un *gentleman*: pagué tan caros los catorce años de mi educación de *gentleman* que me siento en mi derecho, de vez en cuando, de sacarle algún tipo de rentabilidad.

Al parecer, mi madre se casó con mi padre sobre todo para echarle una mano con sus cinco hijos huérfanos de madre. Para ella, tener sus propios hijos era una consideración secundaria. Sin embargo, primero tuvo una niña, después tuvo otra niña, y por supuesto fue muy bonito tenerlas, aunque ligeramente decepcionante, porque mi madre pertenecía a la generación y a la tradición que consideraba que el acontecimiento verdaderamente importante era el nacimiento de un varón; y entonces llegué yo, un niño excelente y sano. Cuando yo nací, ella tenía cuarenta años; y mi padre cuarenta y nueve. Cuatro años más tarde tuvo otro niño, y cuatro años después, otro más. Se había consolidado la anhelada preponderancia de los varones sobre las mujeres, y cinco por dos eran diez. La brecha de dos generaciones que había entre mis padres y yo me resultaba, en cierto sentido, más fácil de salvar que una brecha de una sola generación. Los niños casi nunca se pelean con sus abuelos, y yo he sido capaz de pensar en mi madre y en mi padre como mis abuelos. Además, una familia con diez hijos implica una dilución del afecto de sus padres; sus miembros tienden a hacerse indiferen-

ciados. Muchas veces me han llamado «Philip, Richard, Charles, quiero decir, Robert».

Como mi padre, inspector de los colegios del barrio londinense de Southwark, era un hombre muy ocupado, sus hijos prácticamente no le veíamos nunca, salvo durante las vacaciones. Entonces se mostraba muy cariñoso y nos contaba cuentos con el comienzo formal, no ya de «érase una vez», sino siempre de: «Y así el anciano jardinero se sonó la nariz con un pañuelo rojo...». Algunas veces jugaba con nosotros, pero casi siempre, cuando no estaba ocupado con su tarea educativa, se dedicaba a escribir poemas, o a ejercer de presidente de alguna sociedad literaria o antialcohólica. Mi madre, que siempre estaba atareada llevando la casa y cumpliendo concienzudamente con sus obligaciones sociales en calidad de esposa de mi padre, no estaba con nosotros tanto como a ella le habría gustado, salvo los domingos o cuando nos poníamos enfermos. Teníamos una niñera, y nos teníamos unos a otros, y esa compañía nos parecía suficiente. El principal papel de mi padre en nuestra educación era insistir en que habláramos con propiedad, que pronunciáramos correctamente las palabras, y que no utilizáramos expresiones vulgares. Dejaba enteramente en manos de mi madre nuestra formación religiosa, aunque él era el que oficiaba en los rezos familiares, a los que se esperaba que asistieran las sirvientas, cada mañana antes del desayuno. Los castigos leves, como que te enviaran pronto a la cama o estar un rato de pie en un rincón, estaban en manos de mi madre; a mi padre le tenía reservada la aplicación de los castigos corporales, nunca severos, y propinados con una zapatilla. Aprendimos a ser unos enérgicos moralistas, y dedicábamos gran parte de nuestro tiempo al autoexamen y a los buenos propósitos. Mi hermana Rosaleen colocó un aviso escrito en letras de molde en su rincón del cuarto de los niños —podría haberlo puesto perfectamente yo mismo—: «No debo decir “jorobar” ni “bazofia” porque es de mala educación».



10. El telegrama del Ministerio de Guerra a sus padres notificando la muerte en combate de Robert. © Archivo familia Robert Graves



11. Robert de uniforme, con Ros, Charles, Alfred y John, detrás; Amy y Clarissa, sentadas. © Archivo familia Robert Graves